



PARROQUIA

PADRE NUESTRO

Alameda de Osuna.
Avda. de Cantabria 4
Madrid 28042.
Tel. 917652110.
www.padrenuestro.es

Núm. 1.024

DOMINGO II DE ADVIENTO

2017.12.10

CONFESAR NUESTROS PECADOS

“Comienza la Buena Noticia de Jesucristo, Hijo de Dios”.

Este es el inicio solemne y gozoso del evangelio de Marcos. Pero, a continuación, de manera abrupta y sin advertencia alguna, comienza a hablar de la urgente conversión que necesita vivir todo el pueblo para acoger a su Mesías y Señor.

En el desierto aparece un profeta diferente. Viene a *“preparar el camino del Señor”*. Éste es su gran servicio a Jesús. Su llamada no se dirige sólo a la conciencia individual de cada uno. Lo que busca Juan va más allá de la conversión moral de cada persona. Se trata de *“preparar el camino del Señor”*, un camino concreto y bien definido, el camino que va a seguir Jesús defraudando las expectativas convencionales de muchos.

La reacción del pueblo es conmovedora. Según el evangelista, dejan Judea y Jerusalén y marchar al *“desierto”* para escuchar la voz que los llama. El desierto les recuerda su antigua fidelidad a Dios, su amigo y aliado, pero, sobre todo, es el mejor lugar para escuchar la llamada a la conversión.

Allí el pueblo toma conciencia de la situación en que viven; experimentan la necesidad de cambiar, reconocen sus pecados sin echarse las culpas unos a otros; sienten necesidad de salvación. Según Marcos, *“confesaban sus pecados”* y Juan *“los bautizaba”*.

La conversión que necesita nuestro modo de vivir el cristianismo no se puede improvisar. Requiere un tiempo largo de recogimiento y trabajo interior. Pasarán años hasta que hagamos más verdad en la Iglesia y reconozcamos la conversión que necesitamos para acoger más fielmente a Jesucristo en el centro de nuestro cristianismo.

Ésta puede ser hoy nuestra tentación. No ir al *“desierto”*. Eludir la necesidad de conversión. No escuchar ninguna voz que nos invite a cambiar. Distraernos con cualquier cosa, para olvidar nuestros miedos y disimular nuestra falta de coraje para acoger la verdad de Jesucristo.

La imagen del pueblo judío *“confesando sus pecados”* es admirable. ¿No necesitamos los cristianos de hoy hacer un examen de conciencia colectivo, a todos los niveles, para reconocer nuestros errores y pecados? Sin este reconocimiento, ¿es posible *“preparar el camino del Señor”*?



«Ya no podemos confiar en las fuerzas ciegas y en la mano invisible del mercado. El crecimiento en equidad exige algo más que el crecimiento económico... Estoy lejos de proponer un populismo irresponsable, pero la economía ya no puede recurrir a remedios que son un nuevo veneno, como cuando se pretende aumentar la rentabilidad, reduciendo el mercado laboral y creando así nuevos excluidos.»

Alegría del Evangelio, 204 >>

Lecturas: Is 40, 1-5.9-11/Sal 84/ 2Pedro 3, 8-14/ Mc 1, 1-8

Mc 1, 1-8

Comienza el evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Está escrito en el profeta Isaías: <<Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”>>. Juan bautizaba en el desierto; predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonasen los pecados. Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban sus pecados, y él los bautizaba en el Jordán. Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: <<Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo>>.

LECTIO DIVINA

Ambientación. Estamos cansados de lo rutinario: los mismos horarios, los mismos mensajes, las mismas personas. Parece que vivimos en una rueda donde nada cambia, donde las sorpresas no existen, o si existen son previsibles. La rutina seca y mata. También en la vida religiosa, la mayor carcoma es creer que no hay que cambiar nada.

Nos preguntamos. ¿Cómo aceptarías que en tu vida apareciera algo o alguien totalmente nuevo, distinto, inesperado? ¿Te dejarías atrapar por un mensaje fresco, limpio, honesto? ¿Te dejarías interpelar por un mensaje provocativo? ¿También si este mensaje te llama al cambio de tu vida, a que «te conviertas»?

Nos dejamos iluminar. Juan es el último de los profetas del Antiguo Testamento; o también podemos decir que hace de bisagra (continuidad y ruptura) entre los dos tiempos salvíficos. Juan no es el Mesías esperado, pero prepara su camino. Su bautismo es signo de cambio radical de vida: todos los que se saben necesitados de perdón, acuden a él. Es un soplo de aire fresco.

Seguimos a Jesucristo hoy. Juan vive con radicalidad y exige una respuesta. Los tiempos cambian. Los que lo escuchan se sienten interpelados. Como cristianos, también nos sentimos afectados por esta urgencia a cambiar; pero nosotros sabemos que los tiempos anunciados no son de catástrofes, sino que irrumpe el tiempo nuevo de Dios, de esperanza, manifestado y cumplido en Jesús.



Proclamamos la Palabra: Mc 1, 1-8